

JESÚS, NOS ENTREGA SU VIDA EN LA CRUZ

Sí: el gran milagro que Dios quiere hacer en todos nosotros es transformarnos en Sus hijos y llevarnos a la verdadera Vida: la que Jesús vive para siempre junto a María y en íntima unión al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Y eso ¿cómo lo logrará? Entregándonos su propia Vida.

La verdadera medida del amor no es el sentimiento sino lo que uno está dispuesto a dar a aquel a quien dice amar. A quien poco amo, poco doy. A quien quiero muchísimo, a papá, a mamá, a mi mejor amigo, soy capaz de darle todo lo que tengo. Y, si no, es señal de que no los quiero demasiado.

Y no doy solamente mis cosas, sino mi tiempo, mi atención, mi consuelo, mi ayuda... Aún cuando esté supercansado. Aún cuando no tenga ganas. ¿No es una pequeña prueba de nuestro amor a Dios el darle tiempo rezando, yendo a Misa los domingos, sobre todo cuando estoy fatigado, cuando me dan ganas de quedarme jugando o viendo televisión? Mamá, que me quiere tanto, ¿no hace muchísimo por mí, aunque esté agotada, dándome tiempo, cariño, todas cosas que, si no me quisiera, podría guardarse para ella misma?

Pues bien, Jesús no se guardó nada para Sí. Al modo como se dice que un soldado da



Escena de la Crucifixión, Tríptico de Isenheim, Colmar. MATÍAS GRUNEWALD (1470-1528)



Clavo romano de la época de Jesús (izq.). Detalle de la mano de "La Crucifixión", 1515. MATÍAS GRUNEWALD (der.)

la vida por la Patria, Jesús nos la regaló a nosotros hasta el extremo de la Cruz. La Cruz no es sólo ni principalmente signo de dolor, sino símbolo pleno del perfecto amor. Por eso dice Jesús: **"No hay amor más grande que dar la vida por los amigos"** (Jn 15, 13).

Pero ¿no vemos, también, cómo, cuando papá está preocupado o triste, mamá también se apena? o ¿cuando nosotros estamos enfermos, o sufrimos algún problema, o nos duele algo, mamá también sufre con nosotros y es como si nuestro dolor también se hiciera de ella? Nosotros mismos, cuando queremos mucho, mucho, a una persona, ¿no nos angustiamos si le pasa algo, si tarda en volver, si sabemos que está lejos, si sospechamos que puede haberle sucedido algún percance...? Y, cuanto más queremos a esa persona, más sufrimos, más estamos afligidos... También nuestra 'compasión' por esa persona (estar contentos cuando ella está contenta; estar tristes cuando ella está triste) es una manera de medir nuestro amor.

Pues bien, Dios le hizo a Jesús el corazón tan grande, tan bueno, y nos quiere tanto, tanto, que con ese corazón, así como se alegra por todas nuestras alegrías, nuestras buenas notas, nuestros progresos, nuestro hacernos cristianos, así se apena y se compadece y hace suyos todos nuestros pesares, todas nuestras fatigas, todas nuestras



"Flagrum -látigo, azote- romano", con el que se efectuaba la flagelación.

lágrimas, todos nuestros dolores... Y sobre todo se ‘compadece’, hace suyo, el sufrimiento por lo más feo que nos puede pasar: alejarnos de Él, hacernos malos, cometer pecados que nos hacen mal y hacen mal a los demás.

Por supuesto que hay muchos que no se dan cuenta de que lo peor que les puede pasar es alejarse de Dios, correr el riesgo de perder la Vida que quiere regalarnos, -piensan que lo único malo es perder plata, perder salud...-. Pero Jesús sí se da cuenta y eso es lo que más sufre en su Cruz.

Sí: todo eso y todos los males y todos los sufrimientos de los hombres, Jesús, en la Cruz, en una mirada de amor que acompañó, acompañará y acompaña constantemente la historia de los hombres hasta el fin del mundo, lo vivió, lo con-padeció en la Cruz. Ese es el dolor de la Cruz, no tanto los clavos: **Su compasión por todos nuestros dolores y pecados.**

En la imagen tenemos dibujado el “flagrum –látigo, azote- romano”, con el que se efectuaba la flagelación. Podemos ver las “pesitas” que formaban este látigo romano.

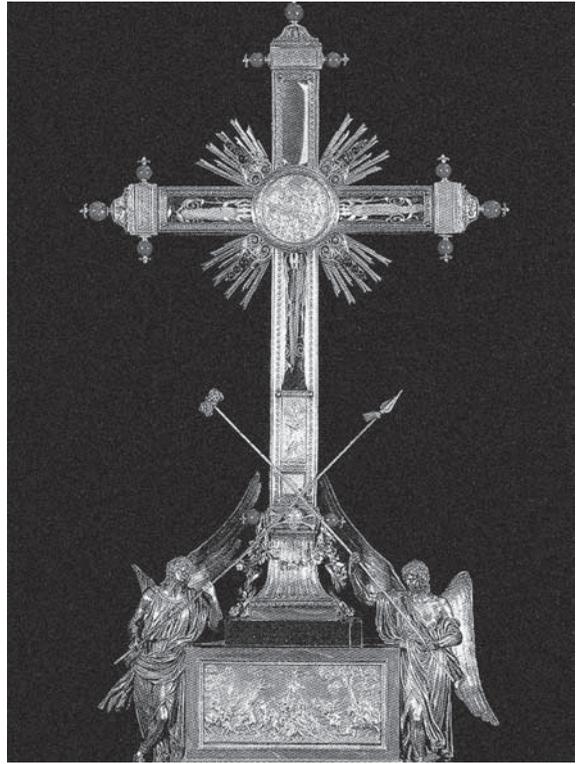
Eso también lo vive María, al pie de la Cruz. Su corazón de mamá, sufre todo lo que sufre el corazón de su Hijo, sufre todo lo que sufrimos cada uno de nosotros, sus hijos adoptivos. Y, a pesar de que todo esto nos da tanta pena ¿no es consolador saber que aún el más pequeño de nuestros sufrimientos lo vivimos en compañía del amor de Jesús y de María que sufren con nosotros ese mismo sufrir?

Y ¡qué tristeza la del pecado, la del alejamiento de Dios! Lo acabamos de decir: Jesús, como sabía lo lindo que es estar con Dios, sufría mucho más que nosotros lo horrible de estar lejos de Él.

¡Cómo sufre desde la Cruz los pecados del mundo, sobre todo los que llevan, a los desdichados que los cometen, a perder para siempre la amistad con Dios! ¡Destruir la Gracia!

Claro que Jesús no dio solamente la vida como la da un soldado -el sargento Cabral- por la Patria. Jesús no dio la vida. Jesús nos da Su Vida. Realmente. Nos la regala, nos la infunde –como cuando uno da sangre para una transfusión-. La Vida de Jesús es el Espíritu Santo, esa es su verdadera sangre. Lo que nos regala en la Cruz es, pues, ese Espíritu, la Gracia santificante que nos hace sus hermanos, que nos eleva a ser hijos de Dios, que nos hace ‘santos’.

Si Jesús no se nos hubiera entregado en la Cruz, nosotros no podríamos ser hijos de



Reliquia de la Santa Cruz de Jesús, Basílica S. Croce in Gerusalemme, Roma

Dios.

¡Gracias Jesús, Hijo de Dios, e hijo de María, Dios y hombre! ¡Gracias por hacernos tus hermanos, por regalarnos Tu Vida, por amarnos tanto hasta el punto de morir por nosotros!

Murió de amor, para que nosotros pudiéramos vivir y resucitar con Él.



SAGRADA ESCRITURA

“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas [...] conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo a él, y doy mi vida por las ovejas. [...] El Padre me ama porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre” (Jn 10, 10-18).

“Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 12-13).

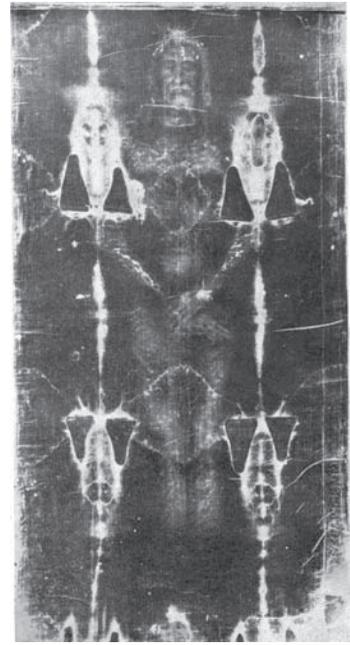
“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás y María Magdalena” (Jn 19, 25).

También dice el evangelio que «el discípulo a quien Jesús quería mucho» estaba también allí junto a su madre. Los amigos y la gente que se quiere de verdad siempre está al lado de nosotros, sobre todo en los momentos difíciles. Así están Jesús y María siempre junto a nosotros, sobre todo cuando tenemos problemas, cuando sufrimos, para acompañarnos y consolarnos. También nosotros, aunque nos cueste, si somos hermanos y amigos de Jesús, tenemos que estar siempre junto a Él –y a su Madre- aunque ello, a veces, nos resulte costoso y difícil.

Siguiendo la comparación del buen Pastor, el primer Papa, PEDRO, en una carta, nos explica por qué murió Jesús por nosotros y el ejemplo que nos dejó:

“Cristo sufrió por ustedes, y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas. Él no cometió pecado y nadie pudo encontrar ni una mentira en su boca. Cuando era insultado, no devolvía el insulto, y mientras padecía no profería amenazas, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia. Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos sobre sí, a fin de que, muertos al pecado, vivamos santamente. Gracias a sus heridas, ustedes fueron curados. Porque antes andaban como ovejas perdidas, pero ahora han vuelto al Pastor” (1 Pe 2, 21-25).

Lo dice, también, pero más profundamente, PABLO, escribiendo a los cristianos que vivían en la ciudad de FILIPOS:



Sábana santa con la que se envolvió el Cuerpo de Jesús

“Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor [...] y se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: ‘Jesucristo es el Señor’” (Fil 2, 6-11).

En palabras muy crudas lo dice también el autor de la carta a los Hebreos. Todo, Jesús lo hizo por estar al lado nuestro y poder compartir nuestros sufrimientos, de modo que, de ellos, pudiera salir el máximo bien para nosotros: la salvación, la Vida:

“Jesús, en lugar del gozo que se le ofrecía, sin importarle la infamia, -por nosotros- soportó la cruz” (Hb 12, 2).

Y eso porque quiso

“hacerse semejante en todo a sus hermanos [...]. Por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba” (Hb 2, 17-18).

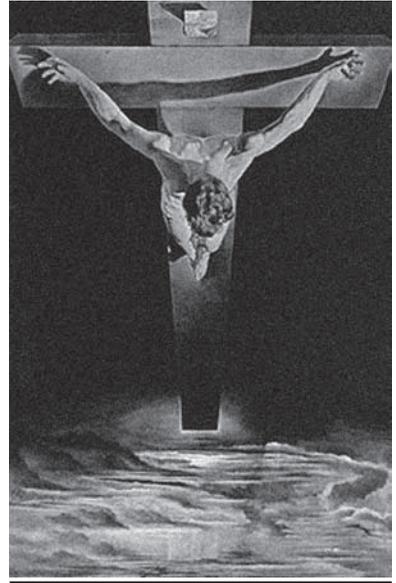
“Él dirigió, durante su vida terrena, súplicas y plegarias, con gemidos y lágrimas, a Aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde obediencia. Y, aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos qué significa obedecer. De este modo, él alcanzó la perfección y llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (Hb 5, 7-9).

Y todo por el amor que Dios nos tiene. La cruz es la prueba y el símbolo del infinito amor con que nos ama. ¡Dios, por amor, nos da la verdadera Vida! Que también, mientras estamos en este mundo, tiene que ser vida de amor entre nosotros. Así lo explica el apóstol San JUAN en una carta:

“¡Miren cómo nos amó el Padre! Dios nos manifestó así su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él [...] Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Y en esto hemos conocido el amor; en que Él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la Vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte [...]” (1 Jn 3, 1.4, 7).

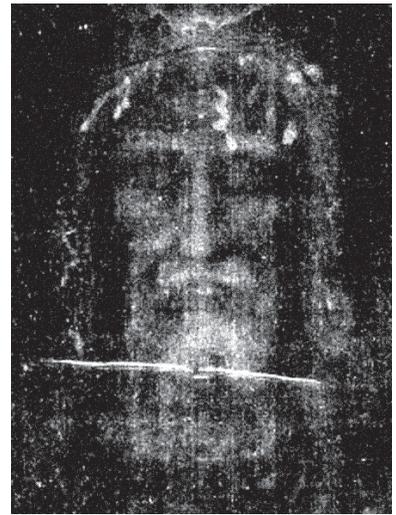
Algo parecido dice Pablo a los Romanos:

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo –la Vida



Cristo. SALVADOR DALÍ. 1951

Como no han quedado testimonios fotográficos de la crucifixión, los artistas cristianos de todos los tiempos la han representado de diversas maneras.



Rostro de Cristo en la sábana santa

JESÚS, NOS ENTREGA SU VIDA EN LA CRUZ

de Jesús- *que nos ha sido regalado. En efecto, cuando todavía éramos débiles, Cristo, en el tiempo señalado, murió por nosotros. Difícilmente se encuentra alguien que dé su vida por un hombre justo; tal vez alguno sea capaz de morir por un bienhechor. Pero la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores*” (Rm 5, 5-8).

Jesús quiso dejarnos esa fuente de Amor y de Vida que fue su muerte en la cruz en la Eucaristía, que a la vez realiza y explica lo que fue esa maravillosa entrega de Jesús, que nos llega a través del gesto de darnos “el pan” transformado en Su Ser y en Su Vida.

“Nos amó hasta el extremo” dice San Juan (Jn 13, 1).

Y nos lo explica San PABLO, en una carta llena de hermosas enseñanzas que escribió hace muchos años a los cristianos de Corinto, pero que lo mismo, nos siguen hablando a nosotros:

“El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan, dio gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía»” (1 Cor 11, 23).

“Cuerpo”, en el idioma que hablaba Jesús, es lo mismo que decir “yo mismo”. De tal manera que lo que está diciendo es “Este soy yo, con todo lo que soy y tengo, que me regalo a ustedes”

Por supuesto que se puede regalar a nosotros porque, antes, se había regalado, ‘entregado’, al Padre, desde el mismo comienzo de su vida.

Así se dice en la Epístola a los HEBREOS:

“Por eso Cristo, al entrar en el mundo, dijo: Tú no has querido sacrificio ni oblación; en cambio, me has dado un cuerpo [...] y dije, entonces: Aquí estoy, y vengo para hacer, Dios, tu voluntad. Y, en virtud de esta voluntad, quedamos santificados por el regalo del «cuerpo» de Jesucristo, hecho de una vez para siempre” (Hb 10, 5-10).



MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Uniendo el sentido de la cruz con el sacrificio de la Misa, enseña el CONCILIO DE TRENTO el 17 de Septiembre de 1562

“Así, pues, el Dios y Señor nuestro, aunque había de ofrecerse una sola vez a sí mismo a Dios Padre en el altar de la cruz [cf. Heb 2, 1], con la interposición de la muerte, a fin de realizar para ellos [allí] la eterna redención; como, sin embargo, no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte [cf Heb 7, 24], en la última cena, «la noche que era entregado» [1 Cor II, 23], para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible (como exige la naturaleza de los hombres), por el que se representara aquel suyo sangriento que había una sola vez de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos, y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos, declarándose a sí mismo constituido para siempre sacerdote según el orden de Melquisedec [cf Sal 110, 4; Heb 5, 6; 7, 17], ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino y bajo los símbolos de esas mismas cosas, los entregó, para que los tomaran, a sus apóstoles [...] y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó con estas palabras: «Haced esto en me-

moria mía» [Lc 22, 19; 1 Co 11, 24] para que lo ofrecieran. Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia” (D[H] 1740).

También los obispos reunidos en el CONCILIO VATICANO II enseñaban, en 1964:

“Dado que Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad entregando su vida por nosotros, nadie tiene mayor amor que el que entrega su vida por Él y por sus hermanos” (*Lumen gentium*, 42)

“[Cristo,] padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido” (*Gaudium et spes*, 22).

Los obispos de América Latina, reunidos en México en 1979, señalaban:

“Cumpliendo el mandato recibido de su Padre, Jesús se entregó libremente a la muerte en la cruz, meta del camino de su existencia. El portador de la libertad y del gozo del reino de Dios quiso ser la víctima decisiva de la injusticia y del mal de este mundo. El dolor de la creación es asumido por el Crucificado que ofrece su vida en sacrificio por todos: Sumo Sacerdote que puede compartir nuestras debilidades, Víctima Pascual que nos redime de nuestros pecados; Hijo obediente que encarna ante la justicia salvadora de su Padre el clamor de liberación y redención de todos los hombres” (CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO EN PUEBLA, N. 194)

Este es el resumen que de esta lección nos ofrece el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras (1 Cor 15, 3)” (CCE 619).

“Nuestra salvación procede de la iniciativa del amor de Dios hacia nosotros porque «Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10).

«En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo» (2 Cor 5, 19)” (CCE 620).

“Jesús se ofreció libremente por nuestra salvación. Este don lo significa y lo realiza por anticipado durante la última cena: «Este es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros» (Lc 22, 19)” (CCE 621).

“La redención de Cristo consiste en que Él «ha venido a dar su vida como rescate por muchos» (Mt 20, 28), es decir «a amar a los suyos hasta el extremo» (Jn 13, 1) para que ellos fuesen «rescatados de la conducta necia heredada de sus padres» (1 P 1, 18)” (CCE 622).

“Por su obediencia amorosa a su Padre, «hasta la muerte de cruz» (Flp 2, 8) Jesús cumplió la misión expiatoria (cf. Is 53, 10) del Siervo doliente que «justifica a muchos cargando con las culpas de ellos» (Is 53, 11; cf. Rm 5, 19)” (CCE 623).



REZAMOS

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

JESÚS, NOS ENTREGA SU VIDA EN LA CRUZ

*¡Tú me mueves, Señor! Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévanme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme en fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Anónimo



STABAT MATER

Estaba la Madre dolorosa
junto a la Cruz, llorosa,
en que pendía su Hijo.

Su alma gimiente,
contristada y doliente
atravesó la espada.

¡Oh cuán triste y afligida
estuvo aquella bendita
Madre del Unigénito!

Languidecía y se dolía
la piadosa Madre que veía
las penas de su excelso Hijo.

¿Qué hombre no lloraría
si a la madre de Cristo viera
en tanto suplicio?

¿Quién no se entristecería
a la Madre contemplando
con su doliente Hijo?

Por los pecados de su gente
vio a Jesús en los tormentos
y doblegado por los azotes.

Vio a su dulce Hijo
muriendo desolado
al entregar su espíritu.

Ea, Madre, fuente de amor,
hazme sentir tu dolor,
contigo quiero llorar.

Haz que mi corazón arda
en el amor de mi Dios
y en cumplir su voluntad.

Santa Madre, yo te ruego
que me traspases las llagas
del Crucificado en el corazón.

De tu Hijo malherido
que por mí tanto sufrió
reparte conmigo las penas.

Déjame llorar contigo
condolerme por tu Hijo
mientras yo esté vivo.

Junto a la Cruz contigo estar
y contigo asociarme
en el llanto es mi deseo.

Virgen de Vírgenes preclara
no te amargues ya conmigo,
déjame llorar contigo.

Haz que llore la muerte de Cristo,
hazme socio de su pasión,
haz que me quede con sus llagas.

Haz que me hieran sus llagas,
haz que con la Cruz me embriague,
y con la Sangre de tu Hijo.

Para que no me quemé en las llamas,
defiéndeme tú, Virgen santa,
en el día del juicio.

Cuando, Cristo, haya de irme,
concédeme que tu Madre me guíe
a la palma de la victoria.

Y cuando mi cuerpo muera,
haz que a mi alma se conceda
del Paraíso la gloria. Amén



APRENDEMOS

1. ¿Cristo murió como Dios o como hombre?

Jesucristo murió como hombre, porque como Dios no podía ni padecer ni morir *(del Catecismo de Pío X)*.

2. ¿Por qué Jesús quiso sufrir pasión y muerte tan cruel y humillante?

Jesucristo quiso sufrir pasión y muerte tan cruel y humillante para manifestarnos más claramente su amor, hacernos ver mejor lo horrible del pecado y darnos valor para sufrir los dolores y adversidades de la vida *(del Catecismo del Card. Gasparri)*.

3. ¿Por quiénes padeció y murió Jesucristo?

Jesucristo padeció y murió por todos los hombres, sin excepción. Sin embargo el hombre, libremente, puede rechazar esta su oferta de vida y de amor *(del Catecismo del Card. Gasparri)*.



HACIENDO SE APRENDE

1. RELEE la lección y **RESPONDE** con la ayuda del catequista:

- ¿Cómo logra Dios el único milagro que quiere, que es transformarnos en sus hijos y llevarnos a la verdadera Vida: la que vive Jesús?
- ¿Qué nos regaló Jesús a nosotros hasta el extremo de la Cruz?
- La Cruz, ¿es principalmente signo de dolor?
- ¿Qué es lo peor que le puede pasar a una persona?
- ¿Cuál es el dolor de Jesús en la Cruz?
- ¿Quién sufrió con Jesús al pie de la Cruz?
- ¿Qué significa que “Jesús nos da Su Vida”?
- ¿Cómo es que podemos ser Hijos de Dios, hijos de María y hermanos de Jesús?

2. PIENSA y **ESCRIBE** una oración agradeciendo a Jesús su amor por nosotros:

3. COLOREA, MEDITA y MEMORIZA:

Murió de amor,
para que nosotros
pudiéramos vivir
y resucitar con ÉL

4. COMPLETA las frases con la PALABRA DE DIOS contenida en la lección:

- Yo he _____ para que tengan _____ y la tengan en abundancia.
- Este es el _____ mío: que os _____ los unos a los otros _____ yo os he _____.
- Junto a la _____ de Jesús estaba su _____ ...
- Él llevó sobre la _____ nuestros _____, cargándolos sobre sí, a fin de que, muertos al pecado, _____ santamente.
- El que no _____ no ha conocido a Dios, porque _____ es amor
- El _____ de Dios ha sido derramado en nuestros _____ por el _____ Santo –la Vida de Jesús- que nos ha sido regalado.
- Este es mi _____, que se entrega por _____. Hagan esto en _____ mía.

5. BUSCA EN EL GLOSARIO las siguientes palabras y ANOTA su significado:

Redención

Redentor

6. ESCRIBE y MEMORIZA la 8ª estrofa de la Poesía “El Catecismo”

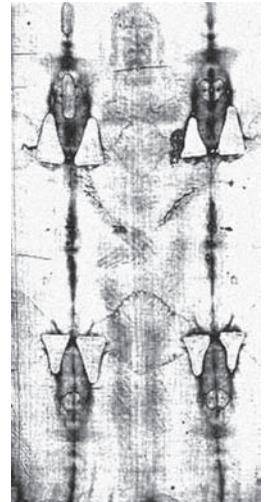
.....
.....
.....
.....

De todo un poco...

¿QUÉ ES LA SÁBANA SANTA DE TURÍN?

La Sábana Santa es un lienzo de lino, tejido 'a espina de pescado', con unas dimensiones de 436 cm de largo por 110 cm de ancho. Sobre un solo lado de la tela están impresas las huellas frontales y dorsales de un hombre muerto después de haber sido torturado, azotado, crucificado y perforado su pecho.

La imagen de la figura humana impresa en el lienzo debe de ser leída como si fuera reflejada en un espejo: lo que se ve a la derecha se encuentra en realidad a su izquierda y viceversa. La huella del cuerpo humano es una imagen negativa, las impresiones y las huellas de sangre están en positivo.



¿CÓMO SE FORMÓ LA IMAGEN DE LA SÁBANA SANTA?

La ciencia no ha dado todavía explicaciones plausibles. Los resultados de las investigaciones efectuadas en este siglo son los siguientes:

Las marcas en el lienzo son detalladas, tridimensionales, térmica y químicamente estables aún en agua. Sobre la Sábana no hay huellas de pigmentos colorantes, no tienen direccionalidad (no existen marcas que indiquen pinceladas) y no fueron causados por el simple contacto con el lienzo, a excepción de las marcas sanguíneas. Las luces y sombras del lienzo fueron realizados a diferentes distancias del cuerpo y de la tela.

Sobre el Lienzo se hallaron pólenes de flores que han ofrecido fuertes indicios de una presencia de la Sábana Santa no sólo en Europa, sino también en el cercano Levante.

Los análisis de las huellas de sangre han indicado la presencia de sangre humana, del tipo AB.

En 1988 ha sido efectuada, sobre un fragmento de la Sábana Santa, la "prueba de datación" con el método del Carbono 14: los resultados dieron al tejido una datación entre el 1260 y el 1390 d.C. Estos resultados son hoy mismo objeto de discusión dentro de la misma comunidad científica; estudios experimentales más recientes han abierto otra vez el problema. Datación, adecuada conservación, formación de la imagen: en torno a estos problemas la ciencia moderna sigue interrogándose.



LAS PRUEBAS CIENTÍFICAS

Los estudios físicoquímicos

La mayor cantidad de datos sobre la Santa Síndone proceden de los estudios que realizó, a partir de 1977, un grupo de científicos dirigidos por el Dr. John Jackson y su compañero el Dr. Eric J. Jumper (Profesores de Física y de Ciencias Aeronáuticas, respectivamente, en la Academia de las Fuerzas Aéreas de Denver, Colorado, y en el Centro de Pasadena -NASA- en Estados Unidos).

Su primera aportación se hizo pública en 1977: J. Jackson y E. Jumper estudiando las fotografías de la Síndone en el laboratorio de las fuerzas aéreas de Albuquerque, Nuevo México, con la colaboración de su colega el Dr. Bill Mottern descubrieron que la imagen de la Síndone contiene información tridimensional.

Aunque es difícil dar una explicación sencilla de lo que esto significa, podemos decir que supone que el grado de densidad de cada punto de la imagen de la S. Síndone está matemáticamente relacionado

con la distancia del lienzo al cuerpo: Alcanza la máxima “brillantez” en las zonas en que el cuerpo tocó al tejido (nariz, frente, cejas...) y es menos intensa donde no se tocan (órbitas de los ojos, lados de las mejillas...). El hecho de que en ningún punto de la imagen la intensidad de la “marca” sea cero implica que la impronta no pudo hacerse por contacto.

Este descubrimiento puede calificarse de asombroso: supone prácticamente, por sí solo, descartar la posibilidad de un artífice humano. Nadie sería capaz de establecer tal cantidad de grados de “luminosidad” que se ajustaran matemáticamente a la relación distancia tela-cuerpo.

Tras lograr resultados tan alentadores, el equipo STURP solicitó, y obtuvo permiso, para realizar una cuidadosa exploración sobre la Síndone en Turín. Las Jornadas de observación directa duraron 120 horas ininterrumpidas.

El Dr. John Heller (Biofísico, profesor en el New England Institute, y miembro del STURP) cuenta que las disciplinas científicas utilizadas en esta investigación fueron, entre otras, las siguientes:

Fotografía: visible normal, infrarrojos, y ultravioleta, (unas 5000 fotografías en total). VP8: análisis de imagen. Ampliación de imagen computarizada. Análisis de la función de mapas. Imágenes topográficas. Análisis multiespectral. Análisis matemático de la imagen. Rayos X de baja energía: Fluorescencia de rayos X. Reflexión espectroscópica (o espectroscopía de reflexión de ultravioleta). Visibles. Infrarrojos. Termografía: Microdensímetro. Macroscopía. Microscopía: Polarización, fluorescencia, contraste de fase de electrones. Bioestereometría: Espectroscopio (“raman”). Láser de prueba microlasérica. Espectroscopio de dispersión de la energía del electrón. Transmisión espectral microespectrofotométrica.

Prueba química húmeda: generación de porfirina fluorescente, tests de cianometahemoglobina y de hemocromógeno, test de proteasa (enzimas que hidrolizan o dividen las proteínas convirtiéndolas en compuestos más simples). Inmunofluorescencia.

Y a todo esto hay que añadir más de 1.000 experimentos químicos para determinar la naturaleza de toda la imagen y de las marcas de sangre, así como la historia del lino, manchas de agua, fibras varias, partículas y restos (detritus) y vehículos oxidantes y reductores, más todos los posibles caminos humanos para tratar de crear una imagen igual a la de la Sábana.

SUS CONCLUSIONES FUERON:

1º: Hay sangre humana indudablemente. Se han detectado componentes exclusivos de esta. (Posteriormente el Dr. Baima Bollone ha podido determinar que corresponde al grupo sanguíneo AB -“casualmente” el más frecuente entre los hebreos y muy poco frecuente en los demás pueblos-).

2º: La imagen contiene al menos 9 características (absoluta superficialidad, extrema pormenorización, estabilidad térmica y química plenas, comprobada ausencia de pigmentación de cualquier clase, estabilidad al agua, no direccionalidad, negatividad y tridimensionalidad) que obligan a excluir todas las técnicas conocidas para realizar la imagen (tintura, tinte, polvo, contacto directo, vaporigrafía, vapor y contacto...)

3º: Se comprobó que sobre los párpados de la imagen había dos monedas correspondientes al ‘leptón’ de Poncio Pilatos. Señalan los investigadores que el estudio realizado por computadora y el análisis de las imágenes revelan 25 coincidencias de dimensión, ubicación, orden y ángulos que se corresponden exclusivamente con una moneda acuñada por Poncio Pilatos en los años 29 y 32 después de Cristo.

En 1973 los científicos italianos no encontraron pigmento ni tinte alguno en la imagen, imagen de carácter superficial que solo afecta en forma tenue a la parte extrema superior de las fibras más externas del tejido de fino lino. Mediante el análisis de complejas técnicas computarizadas se comprobó que no había direccionalidad en la imagen, por mucha habilidad que pueda tener un falsificador siempre hay una direccionalidad en la aplicación de una pintura, excepto en esta de la Sábana Santa, que no es obra humana. La figura está lograda por una decoloración muy superficial de la tela, presenta detalles extraordinarios que son compatibles con el relato bíblico, es un negativo fotográfico codificado para lograr reproducciones tridimensionales.

Se puede concluir que no se conoce ningún procedimiento que permita reproducir una imagen con

todas las características mencionadas. Lo que es claro es que no se trata de una imagen producida por contacto, lo que ha llevado a pensar que se originara por algún tipo de radiación emanada del cuerpo, instantánea en el tiempo, y que hubiera producido una especie de “chamuscadura”. Sin embargo tendría que tratarse de una radiación con unas características no explicables desde el punto de vista físico. Algunos investigadores creyentes piensan que tal fenómeno podría haberse producido en el momento de la Resurrección pero, puesto que esta hipótesis es indemostrable, no puede haber un pronunciamiento científico en tal sentido.

LA SANTA CRUZ Y LO QUE QUEDA DE ELLA

El más grande de los reyes sasánidas, de Persia, fue Cosroes II, activo hasta el 628. Durante su reinado, los persas logran llegar hasta Egipto por el mediodía, y, por el septentrión, avanzar hasta los mismos muros de Bizancio, Constantinopla.

Es en esa irresistible acometida persa cuando cae Jerusalén que en esa época estaba en manos de los cristianos, en el 614. La Ciudad Santa fue saqueada; sus santuarios arrasados.

La Santa Cruz venerada en la iglesia del Santo Sepulcro, construida por Constantino y su madre Elena, fue arrebatada y conducida a Ctesifonte, capital de los sasánidas.

Es entonces cuando un hombre excepcional, Heraclio, ocupa el trono de Bizancio. Inmediatamente, alentado por el patriarca de Constantinopla, Sergio -que además le cedió todo el dinero de la Iglesia para comprar armas y reclutar soldados- emprende las primeras antecesoras no solo que rescatar los santos lugares sino la reliquia de la Cruz. En las banderas de sus ejércitos ondeaban los nombres e imágenes de Cristo y de la Virgen. Heraclio avanza con su ejército hacia el corazón de Persia y so-actual Mosul, en el 627, victoria. Una revolución roes y su hijo y sucesor, la paz con Constantinopla y declara la libertad religiosa.



La vuelta a Constantinopla de Heraclio y su entrada fue uno de los más grandiosos triunfos que registra la historia. El emperador fue recibido solemnemente en la basílica de Santa Sofía por el patriarca Sergio. Un año después, se dirigió con la emperatriz Martina a Jerusalén, donde restituyó, con los debidos honores, la Santa Cruz, que había sido rescatada en su cofre de plata.

De acuerdo con una leyenda, al llegar a Jerusalén, para ingresar en ella, Heraclio quiso cargar la Cruz. Pero tan pronto pretendió traspasar los muros de Agripa por la puerta de Damasco quedó como paralizado, incapaz de dar un paso. El patriarca de Jerusalén, Zacarías, que iba a su lado, le indicó que todo aquel esplendor imperial no iba de acuerdo con la figura del Cristo que había llevado la Cruz. Entonces el emperador se despojó de su manto de púrpura, se quitó la corona y, con simples vestiduras, descalzo, pudo llevar la Cruz hasta el Santo sepulcro, en medio del alborozo del pueblo.

Pero, ¡ay!, digamos que, en su tenor original, fue un festejo que duró poco. Apenas diez años después, en el 638, Jerusalén es nuevamente tomada a sangre y fuego por los musulmanes.

En el 642 ya había capitulado, ante el Islam Egipto, que hasta entonces era enteramente católica, e incendiada su famosa biblioteca de Alejandría. África del norte, agotada por la lucha contra los vándalos perece también, después de esfuerzos heroicos, en el 698. Tres años después los árabes mahometanos -y los moros bereberes convertidos a la fuerza- se lanzarán a la conquista de Europa a través de España. Recién serán detenidos por Carlos Martel en Poitiers en el 732.

La Cruz, pues, fue tomada y profanada por los musulmanes. Sufrió, luego, varias vicisitudes. Fue restitui-

da a su basílica del Santo Sepulcro durante el reino Cruzado de Jerusalén. La última noticia que tenemos de ella es en la desgraciada batalla de Hattin, cerca de Tiberíades, donde, a pesar de que los ejércitos cristianos la llevaban como estandarte de victoria, Saladino los vence el fatídico 3 de julio de 1187, terminando así con un siglo de recuperado dominio cristiano en Jerusalén. Sabemos que, pocos meses después, uno de los jeques de Saladino, Lobo Azul, entraba en Damasco, arrastrando la Cruz atada a la cola de su caballo.

Hoy solo quedan tres pequeños fragmentos de ella, salvados antes de todo esto, en la Basílica Santa Croce in Jerusalemme de Roma, junto con parte del título –INRI–, uno de los clavos y el travesaño de la Cruz del buen ladrón. También hay infinidad de pequeñas astillas distribuidas por todo el mundo, ya que durante el medioevo, fue costumbre de los obispos el que sus anillos pastorales llevaran todos un minúsculo fragmento.

ORACIÓN AL CRISTO DEL CALVARIO

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.

GABRIELA MISTRAL